

Ernesto Mejía Sánchez

C. R. de A.

El Uruguay, ese país asiático lleno de poetisas y filósofos del Tercer Mundo – cuyo himno nacional decía así, con su ritmo tropical: Al Uruguay / guay / yo no voy / voy / porque temo / naufragay; el Uruguay, decíamos ayer, henchido de locos elegantes y morfinómanos: Herrera, Quiroga, Roberto el de las Carreras, Reyles (Soiza Reilly es una pantufla), Nin Frías, Beto del Campo, y de poetas franceses del otro mundo y de lo tremendo y de lo banquero y de la luna, acaba de ensanchar bruscamente sus fronteras de lo desconocido con esa calcomanía del 900 que se llamará ya para siempre: Carlitos Real de Azúa, que estaba de prisa haciendo la siesta del desayuno y despertó poco después de la siesta de la nohecita, en plena siesta de la gran Siesta, desperezado de no hacer nada, sin leer ni escribir, sin tía ni gato, pues todo está ahí perfecto, discutido y no computable. Irreal de Azúa está en su elemento. Ha eliminado la acción y pasión de los seres, la función gramatical del verbo, la magnesina, la dispepsia, el corazón y la coramina. Sólo padece una ofuscada lucidez, desde dentro (no indirecta ni teledirigida), como virtud incurable, que no hace sombra a la Antimateria y un clavel de humor en la oreja siniestra. Es el único de la Banda que sabe sonreír.